

MICHOACAN

EN LA COLEGIATA INSIGNE EN LAS FIESTAS DE LA

**CORONACION.**

---

Si grandes fueron los festejos con que se solemnizó en esta Capital la Coronación de la Santa Imagen Guadalupana, no fué menor el entusiasmo con que se preparó la Arquidiócesis para el participio que debería tener en la Coronación. Cuando el Illmo. Sr. Obispo de Querétaro y el muy distinguido Sr. Pbro. D. Antonio Plancarte estuvieron en ésta, para comunicar á nuestro Prelado el programa de las festividades nacionales, el Illmo. Sr. Arciga, temió con justicia, que si de todas partes iban á México peregrinaciones, fuera difícil encontrar alojamientos



aptos para los peregrinos, y desde entonces dispuso que de Michoacán no fuese peregrinación, sino que las parroquias nombrasen representantes que asistieran en su nombre. Así se hizo en todas, y por lo que á Morelia toca, el V. Cabildo nombró á los Señores Canónigos D. Agustín P. Pallares, D. Vicente F. Valdés y D. Francisco Fernández y Prebendado D. Francisco Nieto; el Seminario Tridentino, á los Sres. Vicerrector Pbro. D. Francisco Banegas Galván, catedráticos, Pbro. D. José Estrada y D. Vicente Zaragoza y alumnos Diác. D. José Paul, D. Felipe de Jesús Tena, y D. Eulogio Hernández; el Colegio Teresiano, dos de sus profesoras y cuatro alumnas; los Abogados á los Sres. Lics. D. Pascual Ortiz, D. Francisco Elguero y D. Francisco Estrada, personas muy conocidas en la Capital de la República, á cuya Corte Suprema de Justicia perteneció el Sr. Ortiz, quien también desempeñó altos cargos en la administración de este Estado. Los médicos fueron representados por los Sres. Drs. D. Luis Iturbide y D. Manuel Tovar, los Farmacéuticos por los Sres. Profesores

D. Atanasio Mier y D. Feliciano Gómez Puente; los comerciantes, por los Sres. D. Baltasar Izquierdo y D. Gabino Osegue-  
ra y los artesanos é industriales por los Sres. D. Miguel Camarena y D. Vidal Díaz.

Fueron también comisiones, de Pátzcuaro, presidida por el Sr. Cura D. Francisco de P. Morillón; de Celaya, por el Sr. Cura D. Rómulo Betancourt; de Salvatierra, por el Sr. Cura D. Graciano Montoya; del Valle de Santiago por el Sr. Pbro. D. José M. Páez; de Salamanca por el Sr. Cura D. Manuel Hinojosa; de Panindícuaro, por el Sr. Cura D. Gaspar Tena; de Santa María, el Sr. Cura D. José M. Saucedo; de Ario de Rosales, por el Sr. Cura D. Gregorio Navarrete; de Pénjamo, por el Sr. Cura D. José Córdoba Piedra; de Agangueo, por el Sr. Cura D. Ignacio Olascoaga, de Tanhua-  
to, por el Sr. Cura D. Rafael Arroyo; de Tarímbaro, el Sr. Pbro. D. Francisco M. Izquierdo; de Ucareo, el Sr. Cura D. Carlos Ortiz; de Maravatío, el Sr. Cura D. Jesús Muñoz; de Zirizícuaro, por el Sr. Cura D. Luciano Govea de Tajimaroa, por



el Sr. Cura D. Jesús Infante; de Etúcuaro, por el Sr. Pbro D. Jesús Anaya, de Cuitzeo, el R. P. Fr. Santiago Ortiz; de Capula, por el Sr. Cura D. Julio Rodríguez; de Santa Cruz, por el R. P. Fr. Odorico Peñaflor y de otras parroquias que sería difícil enumerar. Además estaban muchos sacerdotes entre los que vimos al Sr. Pbro. Lic. D. Salvador Gómez Puente, D. Francisco y D. Vicente Infante, D. Ignacio Gutiérrez, D. Julio Miranda y otros más.

Todas estas comisiones estuvieron formadas de seis ú ocho personas de las más caracterizadas de la población, y se procuró hasta donde fué posible que estuvieran representadas todas las clases sociales.

El Illmo. y Rvmo, Sr. Arzobispo acompañado del Sr. Prosecretario de Cámara y Gobierno Pbro. D. José Luna Menocal y del Maestro de Ceremonias Pbro. D. Teófanos López, se trasladó á México el día 27 de Septiembre para desempeñar su cometido en la Consagración de la Basílica, el cual fué consagrar el segundo altar del trono.

Se encomendó á los Sres. D. Agustín, D. Manuel y D. Miguel Martínez el arreglo de la función que debería celebrar Michoacán el día 11 de Octubre. No describiremos ni la hermosa Basílica, ni el sencillo adorno que en esos días se permitió; ¿para qué, si de un extremo á otro del país lo han llevado los periódicos de la Capital?

Quien ha entrado á la Colegiata, por más que lo haya hecho multitud de veces, experimenta siempre el pavor religioso, el dulce arrobamiento que se siente ante lo sobrenatural. Si aquel templo grandioso no tuviera la magnificencia del arte y de la riqueza, siempre fuera igual para nosotros, porque quien lo consagra y lo hace venerable y arrobador y admirable, es el prodigio permanente que allí se ve: aquella celestial pintura que atrae todas las miradas de los ojos y del corazón. Muy cerca de ella hay obras maestras del arte humano ¿quién negará que son admirables? Pero se contemplan con los ojos enjutos, con el corazón seco, y apenas si brota á los labios la palabra del asombro. Solo ella, la de



María Santísima de Guadalupe hace estremecer el corazón, arrasarse los ojos y brotar del alma esa palabra que una vez dicha, no puede decirse más: la palabra del amor. Preciso es confesarlo para gloria de María de Guadalupe, nos decía un peregrino, antes de venir aquí creía es verdad en tal prodigio ¿Cómo no creer en él cuando se levanta en su favor todo lo que puede engendrar certeza humana? Pero esa creencia, era muy semejante á la que se tiene de Guatimoc ó de Cortés, fría y casi estéril. Al penetrar á este templo, al acercarme á esta Imagen, todo cambió. ¡Algo hay aquí que atrae, que fascina, que seduce, que derrama ráfagas de luz tan suave, tan amorosa, que el alma se doblega, y se rinde el corazón que se siente anegado en efluvios de caridad! ¿Cómo explicarlo, cómo decir en la tierra, con palabra humana, el don de los cielos, el amor sobrenatural? El que lo ha sentido lo conoce y lo entiende, imposible es hacérselo entender al que no lo ha sentido.

No dudamos afirmar que sentimientos análogos y sin duda superiores, experi-

mentaba la multitud de Michoacanos que llenaba las tres amplias naves de la Iglesia. Así se revelaba en su compostura y recogimiento, en la paciencia con que sufrían las incomodidades consiguientes á la necesidad de imponer orden en las multitudes, y en las fervorosas plegarias que salían de sus labios.

Antes de la Misa, se organizó una procesión que partiendo de la Capilla del Sagrario, recorrió las naves izquierda y del centro, subiendo al altar por la escalinata derecha. Formábanla en su mayor parte los sacerdotes michoacanos que asistían revestidos de sobrepelliz, y fué presidida por el Illmo. Sr. Arzobispo, quien llevaba á su derecha al Illmo. Sr. Ortiz, yendo ambos revestidos con capa consistorial. Luego de llegada la procesión, se dio principio á la Misa Pontifical en presencia de varios Illmos. Señores Obispo del país y extranjeros. Sirvieron de diácono y subdiácono respectivamente los Sres. Canónigos Lics. Valdés y Fernández y de asistente, el Sr. Canónigo Lic. D. Agustín P. Pallares. En la Colegiata se empieza á seguir el rito de las



Iglesias de Roma, dejando los privilegios de la Española, usados con derecho entre nosotros, así es que llamaron la atención muchas ceremonias. A la hora acostumbrada el Illmo. Sr. Dr. D. José de Jesús Ortiz, dignísimo Obispo de Chihuahua, hijo de esta Santa Iglesia que tanto ilustró con su exquisita prudencia, buen gobierno y sólidas virtudes, dijo el Sermón que corre impreso por disposición del Illmo. Sr. Arzobispo. Sin autoridad ni ciencia para criticarlo, nos permitimos llamar la atención sobre la bellísima y nueva idea que en él domina, de un pacto de alianza entre la Santísima Virgen y nosotros; y sobre el tierno amor que el orador muestra hacia la raza indígena. Muy cerca de ella por su ministerio, viendo y palpando sus necesidades, es natural el vivo acento con que pronunció la parte de su discurso que de ella trata.

Concluida la Misa, el Sr. Arzobispo entonó arrodillado una antifona de la Santísima Virgen, y el coro cantó á toda orquesta una Avemaría composición del tenor moreliano Lic. D. Jesús Solórzano. Después se entonó el himno gua-

dalupano, ¡No....!nunca te alejes! con la música que para él compuso el Maestro de Capilla de esta Catedral Lic. D. Ramón Martínez Avilés.

En obediencia al Edicto diocesano respectivo, se colectó en todas las parroquias el donativo de que habla el Sr. Obispo de Querétaro en su programa que se adoptó en la Arquidiócesis. El ornamento de rica tela que ese día estrenaron los oficiantes, y que no pudo hacerse mejor por no haberse encontrado materiales en la Capital, fue uno de los obsequios que se hicieron de parte de esta Iglesia á la Insigne Colegiata. No dejaremos de consignar otro que hizo una muy piadosa Dama de esta Capital, consistente en una elegante caja de peluche donde iban doce juegos completos de corporales, purificadores y manotergos de finísimo cambray, exquisitamente trabajados por ella y su familia. La edad de esta Señora y lo fino del trabajo aumentaban el mérito del obsequio. Otros debe de haber habido, pues allí se nos preguntaba por la persona que debía recogerlos, pero no tuvimos noticia de ellos.



\*  
\* \*

Llegó el día 12, y ¿quién podrá explicar el entusiasmo y devoción de ese día? La amplia calzada que de México conduce á la Villa, estuvo desde muy temprano absolutamente llena de gente que iba, en toda clase de vehiculos, á presenciarel gran acontecimiento. La Basílica fué pequeña, inmensamente pequeña, para contener aquella muchedumbre. Allí había gentes de toda clase y condición social cristianamente confundidas en una sola fé, en un solo deseo. Las puertas de la Basílica no se abrieron sino para pocos, ni era posible abrirla para todos; pero ¿qué importa para las almas que aman, la frágil madera de una puerta? Los que no puedan entrar, ahí estarán, estarán en el atrio, estarán afuera; pero su alma, su espíritu, estará á los piés de la Reina, y se considerarán dichosos con formar un solo cuerpo con los que, más felices, contemplan la Imagen Sacrosanta.

Lo que los ojos vieron, en la Colegiata, sería tan grande ó tan pequeño como

se quiera; lo que el entendimiento comprendía y el amor adivinaba, era magnífico. Allá, en el altar de aquel templo construido en una época sin fé, por un pueblo creyente, la Santa Imagen cuya historia aprendió nuestro corazón admirado, en el regaso materno; cerca, muy cerca, los venerables Príncipes de una Iglesia que salió pura de las persecuciones, y se ha multiplicado en medio de los dolores; y juntos con ellos, los Obispos que no son de aquí, y que se asociaban á nuestros cultos y venían á rendir basallaje á nuestra Reina. Rodeando á los Obispos, los Sacerdotes en grupo numerosísimo; los había sin duda de todas las Diócesis de la República, y también es indudable que entre ellos estaban esos heroes de la caridad que por salvar una alma tienen que emprender largos y penosos viajes, y no dudan emprenderlos, esos curas de pueblo, tan ignorados, tan despreciados muchas veces del mundo, pero tan ameritados ante Dios; y esos otros también insignes ante la fé, que sacrifican su juventud y su vida consagrándose á la enseñanza, ó cooperando con su